

SOBRE LO INCONMENSURABLE:
EL CASO DE ESTUDIO COMO TELOS

ROGERS, Gayle. *Incomparable Empires. Modernism and the Translation of Spanish and American Literature*. New York: Columbia University Press, 2016.

La «incomparabilidad» y la «intraducibilidad» como conceptos nucleares del comparatismo reciente demuestran una vez más que han venido para quedarse largo rato. Han venido a enfrentar dos problemas igualmente nucleares, pero contradictorios: cómo crear un gran relato unificado para la literatura mundial y cómo hacerlo sin caer en el monologismo que ya conocemos bien. Lo mejor, pero también lo más débil de este libro, reside en las mismas virtudes y debilidades de este marco epistemológico.

Incomparable Empires quiere llevar a cabo el ejercicio paradójico de comparar lo incomparable. Lo incomparable, no se dice aquí pero se da por supuesto, no es excepcional sino común en literatura, cuya apariencia mensurable es solo el efecto óptico de una traducción cultural previa e invisible. Todo lo que uno puede conocer del Otro está ya traducido y, por eso mismo, no se puede traducir. Una de las tareas del comparatista, que ya no tendría una gran tarea y otras subordinadas, sería investigar los espacios en los que el sentido procede de la malinterpretación y construir discurso sobre ellos. Desde ese prisma, detenerse en aquellos

casos que exceden su propia tradición nacional a través de la traducción debería servir para esbozar un mapa literario inestable, precario, pero por ello mismo ajeno a toda totalización: una corrección a una de las versiones posibles de la literatura mundial, aquella que pretendería arrojar un relato unificado en la estela de Hegel.

Gayle Rogers entra en este debate escogiendo como objeto dos historias literarias que, leídas desde él, son especialmente polémicas, en tanto imperiales: la norteamericana y la española. Lo hace tomando una decisión epistemológica fuerte: las historias nacionales solas están atestadas de continuidades transnacionales, de tal modo que no se puede hablar de la literatura española sin hacer, por lo menos, referencia a Norteamérica, y viceversa. La referencia es, por su propia naturaleza, pequeña, anecdótica, en comparación con el relato fundado en la influencia intrasistémica, pero en ella el lugar geográfico como eje queda necesariamente deslocalizado, revela su naturaleza incompleta; no toda la literatura nacional *ha ocurrido* en su propio coto. No hay mónadas en literatura; y esta es una verdad tan comunmente aceptada como constantemente traspapelada. El de este libro no deja de formar parte de un giro inesperado en la historia del comparatismo: volver subversivo el estudio de la influencia retornando – pero retornando dialécticamente – al *Goethe en France* de Baldensperger.

Para modernizarlo, eso sí, con cierto gesto derridiano.

A través de seis capítulos, cada uno de los cuales funciona como cala o caso de estudio, se va conformando un modelo que no quiere ser modelo de nada: el del escritor imperial que mantiene una relación complicada con la cultura de otro imperio. Tan solo estas pocas y exiguas características le bastan para definir un paradigma; y en ello descansa, de hecho, una parte importante del valor de este tomo, que es huir de la conclusión *ad hoc*; o, dicho de otro modo, seguir hasta el final con la incomparabilidad. Rogers cree que la adición desvela misterios sobre los elementos que aglutina que son superiores a ella misma. Tiene razón. Trabajar sobre la anécdota, sobre el caso aislado: incluso en sus conclusiones, *Incomparable Empires* apuesta por el poder de la contigüidad y la acumulación frente a la totalización y la recapitulación, y en lugar de cerrar poniendo en común artificialmente decide añadir un ejemplo más a la lista.

La elección de los casos de estudio es, por otro lado, especialmente acertada. Allí se reúnen Pound, Dos Passos, Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Hemingway; y a esa nómina que es un canon autoral se añaden dos casos generales, el de la literatura negra y el Spanglish. Es cierto que los primeros son más o menos los sospechosos habituales: pero, con serlo, la originalidad y el estudio pormenorizado de cada uno de ellos es novedosa en enfoque y resultados. Así, el hispanismo de Pound, que la historia

de la literatura ha parecido relegar a veces a un mero dato histórico o biográfico, es interpretado a la luz de una lectura atenta de las sucesivas traducciones del *Cantar del mio Cid* que el poeta llevó a cabo a lo largo de su vida. El progresivo olvido del español, aceptado como valor poético en sí mismo, y los cambios de énfasis entre las distintas secciones del poema iluminan su propia trayectoria poética, su concepción de qué es un traductor y ayudan a entender el proyecto estético y cultural que subyace a los *Cantos*.

De modo semejante, la relación de Unamuno con la literatura inglesa en general y el campo literario inglés en particular sirve para matizar y reentender el casticismo. La ontología estética de la meseta que éste supone, y que en Unamuno quería ser también un principio organizador del estilo literario, es problematizado al ponerse en paralelo a la anglofilia unamuniana y al peso de la crítica norteamericana en su canonización exterior. De este modo, sus teorías culturales, cuyo excepcionalismo las había hecho envejecer mal, ganan un nuevo interés histórico al ser relativizadas; su excepcionalismo se reinterpreta por su particularismo frente al de los otros. Dicho de otro modo, el ideologema de la pureza que subyace a la noción del casticismo, que es una incomparabilidad negativa, pierde fuerza política cuando se contempla la facilidad con que fue trasladado en su momento al de la cultura norteamericana. De nuevo, es en lo anecdótico donde reside la clave para volver a mirar nuestras historias.

Estas aportaciones, y muchas otras, serían, por sí solas, justificación suficiente para la existencia de esta obra: pocos libros pueden presumir de ampliar el horizonte de lo que se sabe en un determinado momento. Más aún cuando se desplaza esta novedad del centro argumentativo y se la hace servir para un fin superior. Es aquí, en un *momentum* que es virtuoso, donde empiezan sus limitaciones. Cumplir con la demanda ética de la incomparabilidad puede defraudar las expectativas de lo que es o debe ser historia literaria: ¿es *Incomparable Empires* una serie de aportaciones varias a la historia de la literatura? ¿Sería así, por tanto, una suerte de colección de artículos? No lo es: su apuesta coral es, como hemos dicho, voluntaria y no solo antológica o temática. Pero: ¿qué hacer con ello? Surge la paradoja de que un libro que aporta novedades a su campo de estudio no consigue aportar las herramientas para integrarlas en su campo de estudio, porque si bien cuando se le otorga a lo excepcional lo importancia de lo regular lo regular queda ya transformado, es necesario un retorno a la regla para integrarlo: a la misma comparación anteriormente desechada.

La historia literaria por constelación tiene, en efecto, la fuerza para desafiar o desnaturalizar el monologismo. Especialmente en este caso, que se erige desde ya en una muestra conspicua. *Incomparable Empires* sortea, donde muchos otros no son capaces, el riesgo de la hagiografía, por una doble vía: porque sus casos de estudio son señeros, lo

cual permite atacar las novedades sin más preámbulo y sin apenas introducciones (cuando hay introducciones, como en el caso de Juan Ramón Jiménez, estas mismas sirven para polemizar) y porque todos ellos se entienden seleccionados por su valor argumentativo para una tesis central, y no por su gratuita autoridad. Por otro lado, los empujes por romper las membranas de las literaturas nacionales, especialmente aquellas que son sustentadas y sustentadoras de imperios, son de agradecer. Pero esta tesis solo está ilustrada, no explicada: sin duda, a partir de este libro, las narrativas de ambos sistemas literarios deberán mirarse y tenerse en cuenta para escribirse, pero ese es un esfuerzo que el propio libro podría haberse permitido, tal es su calidad. Su propia coherencia es, en ese sentido, su límite.

Por otro lado, quiere ser también, por lo menos en un segundo plano, una entrada más en el campo de los estudios de modernismo. Y es en el debate sobre el *modernism/o* donde está la verdadera envidia, ya que la crítica al *modernism* ontologizado frente a un modernismo hispánico o transhispánico accesorio (pues, como apunta felizmente Rogers, éste no ha tenido en cuenta las otras literaturas peninsulares) es feliz y permite subsanar, siquiera en parte, la crítica anterior, porque pone en juego a la historia. La posibilidad de agrupar dos fenómenos simultáneos y homólogos tiene repercusiones positivas que van mucho más allá de los dos imperios de que se ocupa: muestra cómo reentender un tiempo

histórico hegemónico añadiéndole a su núcleo lo que éste dejó fuera. Así, y en este caso en concreto, frente a una visión táctica de un *modernism* progresivo y un modernismo conservador, se aportan herramientas críticas e históricas para estudiar una época en que hubo muchas literaturas (en el sentido más amplio de la palabra) distintas. De estudiarse en igualdad de condiciones, puede que éstas nos entreguen una visión distinta de una época que, para empezar, quizá no empiece y acabe como hemos creído durante tanto tiempo. Se abre la puerta, entonces, al regreso feliz de una literatura mundial redimida, expurgada.

De nuevo, pero para acabar, ahora: poco hay de atacable en un libro cuyo contenido es, sin ambages, excelente en términos de calidad investigadora. Supone un avance exitoso en varios campos a la vez: cuando menos, en el de la literatura mundial, en los estudios de modernismo y en el hispanismo (en un regreso a su concepción clásica que también es, a su manera, subversivo). Pero, si se puede separar por un momento

ese contenido de sus presupuestos epistemológicos, siquiera heurísticamente, es ahí donde sus limitaciones se hacen evidentes: por ejemplo, es evidente que el aura de que se está dotando a las lenguas de frontera es, de hecho, un ejemplo del imperialismo del caso concreto, aquí encarnado en el Spanglish. Solo mediante la comparación tradicional, mediante la aspiración a la comparabilidad última de las cosas, puede entenderse que el fruto más habitual del contacto interlingüístico no es un tercero a reivindicar, sino la diglosia, la sumisión de una de las dos lenguas. La incomparabilidad es una síntesis que a veces corre el riesgo de durar muy poco antes de volverse tesis: una canción que ya hemos oído tocar otras veces. Pero en tanto que crítica epistemológica ésta es hasta cierto punto externa; en su texto, *Incomparable Empires* sigue siendo magnífico y ejemplar en todo lo que se propone, además de ser, por cierto, y esto no es poco, enormemente disfrutable.

Pablo PESADO RODRÍGUEZ
*Universidad de Santiago de
Compostela*
pablopesado@gmail.com